

San Benito recorre el Táchira para clamar la lluvia y la luz

Una de las tradiciones más sincréticas por los primeros meses del año se da por vías y plazas del Táchira, y se hace sentir con el sonido de tamboras que acompañan la procesión de una venerada efigie, símbolo de la fusión de varias culturas.

Se trata de san Benito de Palermo, la cual en larga procesión lleva en brazos Alexander José Mejía, mientras los dos vasallos del icono, Gregory González y Andrés Mejía, van retumbando las tamboras.

Mientras algunos por las calles ven con extrañeza este pago de una promesa, que en el caso de Mejía ya va por los 43 años, otros con respeto se acercan para conceder una ofrenda a la estatua y piden por su salud o por sus necesidades más urgentes. Tal ofrenda a veces puede consistir en comida y bebida para aliviar el cansancio de la corte, y eso lo agradecen, pues en ningún momento se exige el tipo ni cantidad del donativo. En estas circunstancias de emergencia hídrica en nuestros estados, muchos han reiterado a San Benito que interceda sus buenos oficios para que del cielo caigan bendiciones atmosféricas.

“A san Benito se le piden muchas cosas: Que llueva, que quien tenga necesidad en salud y trabajo, y concede el milagro cuando le piden con fe y lo hacen. Nosotros preservamos una tradición cultural. Mucha gente le pide cuando hay este calor en verano, que haya lluvias en las fincas y las nacientes”.

Esta corte parte del Táchira y toma rumbo a otros estados durante el periodo de Cuaresma, y si bien por tratarse de personaje reconocido dentro del panteón hagiográfico cristiano mantiene vínculos con una divinidad de la cultura nigeriana llamada Ajé. Por eso el requisito del sonar de tamboras, y que más que hacerlo desfilar con solemnidad, se le baile, elementos tan profundamente pertenecientes al alma africana. Con ese ritmo no solo se aviva el poder del venerado, sino que también se alejan a los malos espíritus.

El compromiso de Alexander José Mejía con esta procesión se selló cuando su madre se recuperó de un terrible accidente, milagro que se lo adjudicó a Dios en primer lugar, y en el cual el santo vendría a intervenir simplemente como un intercesor. Para él es un honor acarrear la imagen, que no cualquiera puede asumir por capricho personal.

“En el año 1989 mi madre tuvo un accidente y le pedí primero a Dios que le diera la salud, y luego a san Benito su intercesión. No todo el mucho tiene el derecho a cargar a san Benito, eso nace de mente y corazón”.

Con información de La Nación